

La vida alucinada

Antonio Lucas

MANUEL CABALLERO BONALD ACABA DE PUBLICAR *ENTREGUERRAS* (SEIX BARRAL), UN LARGO POEMA QUE MEZCLA MEMORIA E HISTORIA, CONFESIÓN Y REFLEXIÓN, Y QUE ANTONIO LUCAS DEFINE EN ESTE TEXTO COMO «LA CONSUMACIÓN DE UNA MIRADA QUE CUANDO SE ABALANZA SOBRE LA VIDA LA HACE MÁS COMPRENDIBLE, AUNQUE SEPA QUE SÓLO SE PUEDE ESCRIBIR CON LA PALABRA QUE HUYE», COMO DIJO RUBÉN DARÍO.

Resultaba difícil de creer que después de *La noche no tiene paredes*, el penúltimo de sus libros de poemas, José Manuel Caballero Bonald abandonase la escritura. Aquella sentencia funeral que anunciaba cuando se le requería información sobre algún quehacer literario en marcha no podía cumplirse. Menos si se trata de un autor que ha desarrollado la tercera etapa de su ancha obra –la que inicia *Manual de infractores*– extremadamente en gracia con la palabra. Así que como «lo que no puede ser no puede ser y además es imposible», que adivinó Rafael «El Gallo», Caballero Bonald ha seguido huroneando en el idioma y así ha resuelto ese poema fastuoso titulado *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas*.

Un galope de más de 3.000 versículos que nace de la formulación sumergida que es todo calambre poético, todo extravío que remata su fiebre en la necesidad de decir y saber decirlo. Una especie de temblor del sentido a través del cual se revela el inconsciente del lenguaje, por expresarlo a la manera de Georges Perec. Trae *Entreguerras* una música de calentura. Algo así como una lumbre de vida que sólo es posible repasar con la ansiedad con que se escucha el crujir de los voltios en un transformador de gran potencia. Estos versos traen a un escritor que gasta modales de zahorí de sí mismo, chamán que no ha perdido la hermosa desenvoltura de mirar más adentro de las cosas. Caballero Bonald toma

su biografía como medida para extraer de la experiencia una épica de lo diverso. Todo aquello que cifra a un hombre en su atavío de máscaras. Tejiendo y destejiendo su identidad. Sus demonios. Sus desvaríos. Sus certezas. Sus pasiones. Sus desafectos. Su silencio de bosque consumado. Su maciza levedad. Sólo es posible esta expedición desde el pulso alucinatorio que respuntea *Entregue-rras*, esa larga secuencia dividida en capítulos y donde lo testamentario colisiona con una forma de articular el verso que tiene algo de profecía, que difunde hacia fuera el cuadrilátero espiritual donde el escritor repasa su biografía: «La porción más borrascosa de unos años que ya no/ reconoces como tuyos», afirma en el cuarto movimiento del libro.

El ritmo es poderoso, con instantes de enorme musicalidad (casi de hipnosis melódica), junto a otros necesarios en que la velocidad del idioma queda rebajada a un sutil orden de voluntad enumerativa. La ausencia de signos ortográficos, de puntos y comas, redobla el carácter deslizante de la lectura, la capacidad de cómitre de las palabras sobre su propio significado. Y todo esto se exhibe, con vigorosa maestría, como un feliz hallazgo que viene de la vanguardia para que aquí acondicione el clima del largo poema sin perder la noción de que uno de sus estribos más sugerentes es esa sensación de estar fuera de control, como un derviche, rondando la vida por sus extremos, asistiendo a la formulación de la lengua en combustión hasta dar con la cumbre de una conciencia naciente, que es la del poeta mismo revelándose. Transfiriendo en símbolo emocionado y atroz el almacenaje de su memoria. Pues vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible por no golpearse (Perec, de nuevo).

Y es ahí, en la forma de asumirse uno mismo y lanzarse contra la presunta (y fallida) estabilidad del mundo, donde encontramos con nitidez la raíz principal de la escritura de José Manuel Caballero Bonald, la semilla de su conciencia poética. No es la vanguardia exactamente, ni el simbolismo, sino el romanticismo el que actúa de motor interior y exterior, como territorio de exploración de todos los agravios. Sólo desde esa certeza es posible acceder al otro espacio de confección moral que descifra el complejo mundo íntimo del autor de *Diario de Argónida*: lo barroco como la suma de desequilibrios sucesorios, la culminación de un

estilo donde se saturan las formas renacentistas y se violenta la gramática para acceder a los límites del idioma, a su envés, a su condición expiatoria, de sacramento que desacralizado. En ese sentido, nada extraño al hondo malabarismo poético de Caballero Bonald desde *Las adivinaciones*. Ya en el primer estadio de su poesía hay una voluntad de otredad, de quebrantadura dentro de las líneas precisas que demarcan los rieles de su generación, la del 50. El autor busca más allá de esa insuficiencia denominada realidad. Y en tal camino, el poema se sitúa también en la condición de mito. Acercándose así a las tesis del solipsismo, en el sentido de que todo lo que se ve es producto de la imaginación.

Entreguerras o De la naturaleza de las cosas (en claro homenaje a Lucrecio), no levanta acta de una existencia, sino que busca en sus avatares la distinción neta y proclama el desgarramiento y la dialéctica que se revela al fin como un laberinto de espejos. A esa espeleología responde este largo poema donde se cruzan los instantes reconocibles (la llegada del poeta a Madrid, la complicidad con los «compañeros de viaje», el amor, las lecturas, Jerez de la Frontera, el sur, las ciudades levíticas de la emoción, la actualidad trascendida, la dictadura, los agravios ideológicos del presente...) con aquellos otros que responden a estados de conciencia que constituyen el fundamento del pensar de Caballero Bonald. O sea, no sólo el aguafuerte evidente y tantas veces aterrador del hombre, sino la feliz «ilegalidad» de hacer del recuerdo el «imposible verosímil» que aullaba Aristóteles, siempre por encima de lo que denominamos tercamente verdad. Todo es relativo y de eso uno se da cuenta cuando ya se está en el molde de la edad que anuncia el «regreso». Cuando los residuos de la memoria dan calibre, sitio y tono a nuestra única fortuna.

*lo que queda después de que un perfume se ha extinguido
es también lo que ahora mal que bien trato de recordar
esta tenue volátil impresión de que el albur de estar
viviendo todavía
viene a ser un remedo una maldita copia de tantas
ambiciones aplazadas
el trampantojo aquel que sugería la purificación a través
del mal*

*todo lo que remite al centro del vacío al borde
insubsistente de la nada*

La textura del texto y la mirada abarcadora asumen su cumbre de significado en el sentido circular de *Entreguerras*, en ese viaje de la semilla a la semilla. Allá donde el poema no dice lo que es, sino lo que podría ser. Y de algún modo viene a restaurar la vida. A rehabilitar lo que de mutilado tiene el hombre, cuanto hay en él de mortal irrevocable. Pero no se trata de dar aquí cuerda a los recuerdos, a una hilatura de anécdotas y pasos entrechocados. No. La travesía de Caballero Bonald no es estrictamente confesional. También tiene mucho de reto estético. De batida por todo aquello que una existencia revela cuando ésta ya anda muy cumplida, muy patrullada. Y no renuncia a la extirpación de la claridad si lo oscuro sirve para romper lo rasante de una biografía relatada como secuencia capaz de disputarle «sus bazas a la muerte».

Al final, apuntando hacia esa conclusión abierta de Valentín Roma, la poesía también puede ser el modo en que malgastamos la pereza. Incluso el recuento literario de nuestras peripecias puede que no sea más que la gestión de nuestra desidia. Esas sospechas son también parte de la sustancia que compartimos con este hondo texto y sus vaivenes sucesivos. Un largo decir a solas donde la extraordinaria voz que le da forma nunca llega resignada. Puede que haya un derrumbe en todo hombre, una derrota en cada concepción moral del mundo. (De nosotros dentro del mundo). Pero, por decirlo con Claudio Rodríguez, en los poetas verdaderos no cabe la doma. Y el de José Manuel Caballero Bonald es aquí un territorio donde se abre en canal la experiencia de vivir frente a esa tentación tan extendida y vulgar de cifrar una colección de secretos:

*cierro las negras puertas de la historia los cartapacios del pasado
de todo lo demás no queda nada
apenas el guarismo desigual irrestricto de unas privadas
entreguerras
el monocorde olvido el tiempo el tiempo el tiempo
mientras musito escribo una vez más la gran pregunta
incontestable*

¿eso que se adivina más allá del último confín es aún la vida?

Y es que se trata, como apunta José-Carlos Mainer, de un poeta insurrecto. De aquel que no cree en la escritura como un mecanismo de facilitación, sino como una búsqueda sin equilibrio, como una forma de riesgo que no acepta la evidencia. Como un itinerario sin rumbo cierto que no consiste en sacar de nosotros lo poético, sino en subrayar la legítima ambición de «nombrar lo innombrable y decir lo indecible» (Octavio Paz). *Entreguerras* es, más que un estado lírico, la consumación de una mirada que cuando se abalanza sobre la vida nos la hace más comprensible, incluso aceptable, revelando a la vez que ésta sólo se puede decir «con la palabra que huye», como intuyó Rubén Darío. Hay algo de «summa» en esta navegación con la que José Manuel Caballero Bonald confirma su despedida de la poesía. Estamos ante un texto revelador donde el poema también alcanza su temperatura extraordinaria desde la cumbre de la música, con los sonidos de las palabras, desde esa forma de adivinación de lo insólito que que fatalmente desemboca siempre en la reapertura del pasado.

Pero no estamos ante un poeta de nostalgia congelada, sino ante el testimonio de un creador de extrema densidad. Ya en el punto exacto de la soledad y la rebelión necesarias para saber que la poesía cambia pero no progresa ni decae. Las que progresan y decaen son las sociedades. Es esta una estela de intuiciones e insurgencia por la que antes advieron Juan de Mena y Góngora, Rimbaud y Latréamont. Voces vivas en días de palabras muertas. Esos poetas objetivos que van del mundo al alma, los que parten del exterior para interiorizarse. Como hace Caballero Bonald con una enunciación poderosa, desbocada en ocasiones, purificada otras. Capaz de darle sentido y forma nueva a la simultaneidad de lo recordado y lo vivido, hasta hacer de lo monstruoso de la vida un aullido, un reposo, un bálsamo también... Hasta hacer del movimiento potencia, de lo vivido impulso trascendente, del poema una gramática que nunca desemboca en una sola imagen final. Por eso este gran poema de recuento y adiós remata con una palabra de principio: vida ©

